

INTRODUCCIÓN

Víctor Concas, comandante de la Armada Española, fue el encargado de dirigir a la tripulación que navegó en la reproducción de la nao *Santa María* hacia América cuatrocientos años después de la gesta de Cristóbal Colón, en 1892. Los conceptos de *sublime* y *profano* se dieron cita en los festejos que se organizaron en España por la fecha conmemorada, y así lo explicaba Concas con las siguientes palabras: «La opinión pública, con ese certero instinto que dirige el sentimiento de los pueblos que, como el nuestro, están encariñados con sus glorias, al considerar la Santa María propiedad de toda España [...] por la propia historia que quedó escrita con la quilla de la Nao Santa María a través del océano».¹ No faltaba gente que tomara en serio la propia conmemoración de los acontecimientos del pasado y, entre los arranques de entusiasmo Concas, recordó a una mujer, «del pueblo que me enseñaba a su hija diciendo: “ese es Colón...”»; y el angelito con su manecita me señalaba, y puede ser que el día que sea mujer jure y no haya quien la apee de que el mismo Colón le dio bizcochos y almendras en 1892».²

Este ejemplo nos insinúa algunas de las líneas que marcaron la cultura conmemorativa de, por lo menos, el primer periodo de la Restauración, que lo consideraremos desde 1875 hasta la mayoría de edad de Alfonso XIII, en 1902. Es necesario señalar como primera premisa que la segunda mitad del siglo XIX fue la edad dorada de las conmemoraciones. En el caso español, la Edad Moderna, sus héroes y hazañas, fueron los protagonistas destacados de los actos que recordaron en ese presente los valores de los que la nación era portadora. La época de la Restauración será el contexto político y cronológico en el que encuadraremos esta investigación, pero no serán ni el rey Alfonso XII ni su hijo quienes marcarán los hitos en los que se basa este estudio,

¹ CONCAS, Víctor M. *La Nao histórica Santa María entre 1892 y 1893*, Madrid, Imp. Alemana, 1914, p. 24.

² CONCAS, Víctor M. *La Nao histórica Santa María...*, p. 25.

sino que, por el contrario, serán cuatro años claves por sus actos conmemorativos, 1881, 1888, 1892 y 1905, los objetos de nuestra atención. Estas fechas fueron memorables por el recuerdo de un literato del Siglo de Oro, Calderón de la Barca, por la celebración de la primera Exposición Universal en España, por el aniversario del descubrimiento de América y por la celebración de los trescientos años de la publicación de una obra que será la tarjeta de visita de España en los siglos venideros, *El Quijote*. La conmemoración, como parte esencial de la política del pasado, y el certamen universal, como expresión del futuro de la propia sociedad conmemorativa, serán conceptos que entenderemos en conjunto para ayudarnos, en primer lugar, a desentrañar el impacto social, político y económico en España, y, en segundo lugar, a comprender cuáles eran las imágenes que simbolizaban e identificaban al país.³ En este proceso prestaremos una especial atención a detectar la presencia que los protagonistas y las gestas acontecidos en los siglos modernos tuvieron en la configuración de una política conmemorativa oficial en este periodo.

Por un lado, las elites políticas y económicas españolas mostraron un interés velado por la modernización industrial y la mejora de las relaciones comerciales. Las exposiciones universales fueron el lugar donde se potenció la idea de orgullo de pertenencia a una nación, gracias a su condición de ser manifestaciones de la sociedad de masas, con gran relevancia en la opinión pública, y de ser capaces de movilizar una enorme cantidad de recursos.⁴ Estos dos objetivos hicieron que muchas ciudades, no solo Barcelona en 1888, apostarán por las exhibiciones internacionales para ocupar un puesto de relevancia en el escenario internacional. El sentimiento compartido por todos los miembros de una comunidad se debía no solo a las gestas del pasado, sino también a las posibilidades del futuro. Estas exhibiciones no solo mostraron los avances en ciertos campos de la producción industrial, de la agricultura o el comercio, sino que fueron escaparates para enseñar la historia nacional.

Por otro lado, el hecho de que se resaltasen unos periodos cronológicos sobre otros y se encumbrase a ciertos individuos como protagonistas del devenir nacional estaba relacionado con la elección de las fechas que habían de conmemorarse. La rememoración de los grandes acontecimientos del pasado en la celebración de un centenario daba como resultado que los miembros de dicha sociedad aprehendiesen los lazos que les unían, momento en que se hacía patente la conciencia de compartir una misma identidad. Las corrientes nacionalistas que se desarrollaron en Europa en el siglo XIX mostraron un

³ PEIRÓ MARTÍN, Ignacio. «Cultura nacional y patriotismo español: culturas políticas, políticas del pasado e historiografía de la España contemporánea», en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra Alonso (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, p. 334. Nos mostramos de acuerdo con la definición que da Ignacio Peiró para el concepto de *políticas del pasado* como «generador de representaciones».

⁴ CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo. «El pasado elocuente. Memoria, historia y conmemoraciones», en Salvador Claramunt *et al.*, *Las conmemoraciones en la Historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2001, p. 84.

nexo de unión con el historicismo, en una particular alianza, donde, a través del estudio de los acontecimientos nacionales del pasado, se enseñaban las herramientas para solucionar los problemas del presente y del futuro.⁵

Por último, el grado conceptual de *ocio social* que alcanzaron las exposiciones y los actos que se generaron en torno a los centenarios puso en evidencia la repercusión simbólica de los diferentes espacios. Tampoco se puede obviar que la posibilidad de obtener beneficios económicos para determinadas instituciones, como los municipios, impulsó esta trayectoria conmemorativa. Las ciudades también aprehendieron el valor de estos rituales como reclamo turístico: los intereses económicos influyeron en el deseo de llevar a cabo estas acciones. Por ejemplo, la elite política en Valladolid, a mediados del siglo XIX, vio la posibilidad de reclamar un protagonismo alrededor de tres personajes históricos que tuvieron un contacto con la ciudad: Miguel de Cervantes, Cristóbal Colón y Felipe II. La fama de Valladolid había perdido la batalla con Soria para apropiarse del pasado numantino. Por esta razón se inició una búsqueda de otros símbolos que recordaran el esplendor de una ciudad que había sido capital de la Corte entre 1601 y 1606.⁶

De este modo, analizaremos la viabilidad de relacionar la puesta en escena de los conceptos que representaban a España, clave para establecer un estudio del certamen universal que se celebró en Barcelona en 1888 junto con los centenarios. En la presencia protagonista de las gestas y personalidades de época moderna se puede rastrear la evolución de la sociedad española del siglo XIX, en el proceso de apropiación y redefinición de una época anterior. Para esto, tendremos muy en cuenta la importancia concedida a la investigación del campo de la historia cultural para comprender las percepciones sociales del nacionalismo o, si queremos decirlo así, de la inherente identidad nacional.⁷

La conmemoración histórica como respuesta a la «necesidad social» de un pasado común en las sociedades conmemorativas

Consideraremos que la *conmemoración* como concepto general integrado en el proceso de la cultura conmemorativa es la celebración de un aconte-

⁵ SHOOKMAN, Ellis. «Fantasies on the Fringe: Romantic Concepts of nationalism in Utopias set at the edges of nineteenth-century Europe», *History of European Ideas*, 16/ 4-6 (1993), p. 648.

⁶ REDONDO CANTERA, María José. «La nostalgia de la Corte y la configuración de la imagen de Valladolid durante el siglo XIX a través de sus monumentos y sus artistas», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, vol. 2, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, p. 255.

⁷ MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé. «Introducción. Los imaginarios de la nación», en Javier Moreno Luzón y Xosé Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, p. 10.

cimiento a partir del recuerdo de un episodio histórico, tanto político como cultural, o de una vivencia biográfica de un personaje de la historia nacional, y supone una oportunidad para determinados grupos políticos y sociales de reivindicación y exaltación de una línea de pensamiento. Estos actos de rememoración del pasado, con unos objetivos en ese presente, fueron fruto de los cambios operados en la sociedad, como bien expresó el político liberal Segismundo Moret, futuro ministro de Estado bajo el Gobierno de Práxedes Sagasta, en la inauguración del Congreso Pedagógico de 1882:

La sociedad moderna ha cambiado: antes se pintaba para la iglesia; hoy, los grandes cuadros pictóricos los paga el Estado; en otro tiempo, se componía la música para el coro y para el órgano; hoy, para la ópera y para el himno. Antes, la milicia pertenecía a la Iglesia; hoy, el ejército es del Estado.⁸

El Estado emerge en el siglo XIX como el ente del que emanaban las directrices que ceñían a la sociedad. No hablamos de prácticas políticas, ni de un sistema político concreto, sino de un nuevo concepto social. En este momento, la identidad nacional, el sentir del individuo, también pasará por el tamiz estatal.⁹ Vamos a centrarnos en los siguientes párrafos en la evaluación de las estrategias que desde la propia sociedad civil y desde el Estado se diseñaron en España, para la proyección de la idea de nación.

La tipología de actos para llevar a cabo la celebración de una conmemoración era variada. Podemos mencionar las cabalgatas o los bailes, pero también se sucederían los desfiles, banquetes, procesiones o fuegos artificiales, todo ello adornado con discursos. Los banquetes fueron un recurso utilizado en España con motivo de conmemoraciones y festejos, como ocasión para afianzar apoyos en torno a una corriente ideológica y relaciones sociales respectivas, o como confirmación de una posición, como el brindis hecho por Marcelino Menéndez Pelayo con motivo del aniversario de la muerte del dramaturgo Pedro Calderón de la Barca. Uno de los actos más repetidos fue la procesión o el desfile, por el factor aglutinante de público que traían aparejados. Normalmente eran de carácter cívico y en ellos se podían combinar desde gente disfrazada hasta carrozas simbólicas, acompañados de represen-

⁸ BATANAZ PALOMARES, LUIS. *La educación española en la crisis de fin de siglo (Los congresos pedagógicos del siglo XIX)*, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba, 1982, p. 108. Estas palabras proceden de un discurso de Segismundo Moret en el Congreso Pedagógico de 1882. La cita dada por Luis Batanaz procede de las actas del congreso, de la página 279.

⁹ NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ y MOLINA APARICIO, FERNANDO. «Identidad nacional, heterodoxia y biografía», en Xosé Núñez Seixas y Fernando Molina Aparicio (eds.), *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, pp. 7-10. En este capítulo introductorio se puede leer un interesante análisis de la historiografía que versa sobre el estudio de las identidades nacionales a partir de la década de 1990, donde se comenzó a dotar de mayor protagonismo al individuo como sujeto activo en la propia relación (inherente y externa) con la/s identidad/es nacional/es.

tantes políticos e institucionales en procesión, cuyo destino podía ser o bien un monumento relacionado con el episodio o persona objeto del recuerdo, o una iglesia para realizar un oficio religioso. También hubo exhibiciones de carácter militar, como, por ejemplo, de escuadras navales.¹⁰

El problema era que en las conmemoraciones, de las cuales los centenarios fueron el gran ejemplo, la parte subjetiva superaba al hecho y los recuerdos corrían tras la idea de un acontecimiento pasado hace ya, como mínimo, cien años. Las conmemoraciones, sobre todo aquellas que se sucedieron en un contexto europeo a lo largo del siglo XIX, han sido analizadas desde dos perspectivas: la primera señala la necesidad de una movilización general en torno a la celebración para asegurar el éxito de la misma; la segunda, crítica, implicaría que la institución encargada de organizar el acontecimiento debería cumplir las expectativas creadas. Así, el acto de conmemorar un hecho, una persona o un libro está relacionado con una estrategia política social, primero de reconocimiento, de aquí el deseo de recordar un determinado acto, y segundo, de posicionamiento, es decir, reconocer o deplorar los valores e ideas desprendidos de aquello que se conmemoraba.¹¹

Las conmemoraciones culturales, en todas sus manifestaciones, no pueden tratarse como hechos privativos de los siglos XIX y XX. No se puede negar la tradición en las sociedades de preocuparse por la búsqueda de su pasado, de rastrear el origen de los rasgos que poblarían el presente, además de estimular el elogio a la memoria de los grandes héroes. Moses Finley, en su obra *Uso y abuso de la Historia*, publicada por primera vez en 1975, hablaba sobre las tradiciones que se transmitieron a lo largo del tiempo entre la población y que contenían una cierta pátina de falsedad o, por lo menos, de no adecuación a la verdad. Finley afirmó que, fiable o no, cuando una tradición es aceptada, la sociedad funciona. Si la tradición no funciona, los lazos sociales que unen a dicha sociedad se rompen.¹² A principios de la década de 1980, Eric Hobsbawm y Terence Ranger dirigieron un libro, *La invención de la tradición*, que abordaba desde distintos puntos de vista lo que denominaron la «tradición inventada». Estas prácticas, según Hobsbawm, fueron más comunes a partir del siglo XIX, con la irrupción de los cambios sociales provocados tanto por la industrialización como por las corrientes ideológicas nacionalistas. La tradición había de distinguirse de la costumbre, puesto que el primer término estaría marcado por la invariabilidad, a diferencia del se-

¹⁰ Analizaremos con más detalle las exhibiciones navales y sus implicaciones en el capítulo 4, en el estudio sobre los actos de inauguración de la primera Exposición Universal en España, sucedida en Barcelona en 1888.

¹¹ DAVALLON, Jean. «Lecture stratégique, lecture symbolique du fait social: enjeu d'une politique historique», en Jean Davallon, Philippe Dujardin y Gérard Savatier (dirs.), *Politique de la mémoire. Commémorer la révolution*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1993, pp. 201-202.

¹² FINLEY, Moses. *Mythe, mémoire, histoire: les usages du passé*, Paris, Flammarion, 1981, p. 31.

gundo.¹³ La cultura, el pasado y las manifestaciones literarias son elementos esenciales en las fases definidas por Hobsbawm en el proceso de concienciación nacional. Esto nos llevaría a deducir la importancia del estudio de las conmemoraciones en el proceso de imbricación y cohesión social.

Las conmemoraciones eran expresiones de celebraciones populares que venían de antaño, pero a las que en el siglo XIX se les concedió un barniz de modernidad y popularidad, y que se adecuaron a la nueva sociedad que se estaba perfilando. No en vano, el siglo XIX estuvo marcado, entre otros factores, por la aparición de una serie de *productos* culturales acordes a los intereses de la nueva sociedad de masas, que comenzó a disponer tiempo libre. La vida ociosa dejó de ser un privilegio, ampliándose el espectro social que disfrutaba de ella.¹⁴ España entró en esta dinámica de desarrollo, de formas de interacción social basadas en el ocio, más tarde que en otras partes de Europa, dado que era necesaria la existencia de un grupo social que contara con determinadas condiciones económicas y que abarcase un amplio abanico de situaciones. La oferta de ocio debía ir desde aquellos servicios estatales o municipales, como parques o museos, hasta el propio consumo.¹⁵ No se pedía de los asistentes un esfuerzo adicional para encontrar una explicación causal del acontecimiento conmemorado, sino que debía entenderse por sí mismo. Las festividades y los actos sacaban al ciudadano de su vida diaria. Es más, las fiestas anuales nacionales generaron una serie de hábitos que, dada su regularidad, afirmaron la asimilación entre los individuos de su pasado y de las virtudes resaltadas, sin olvidar la importancia de aquellos hitos excepcionales que podían tener un relativo impacto social.¹⁶

Nada mejor que el relato de los propios asistentes a este tipo de conmemoración para comprender el grado de importancia de un acontecimiento de este calibre, tanto por la asistencia de personas como por lo extraordinario del acto. Gaston Routier, delegado francés en el Congreso Americanista celebrado en Huelva con motivo del centenario del descubrimiento de América en 1892, detalló en su relato la invasión por parte de visitantes, tanto de fuera del país como nacionales, de la ciudad de Huelva, y las consecuencias en la logística urbana:

A mon arrivée à Huelva, je n'ai pas trouvé que très difficilement à me loger; il me faut faire deux heures de courses en voiture, d'hôtels en hôtels, avant de

¹³ HOBBSAWM, Eric. «Introducción: la invención de la tradición», en Eric Hobsbawm y Terence Range (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002 (1983), pp. 7 y ss., especialmente 10 a 15.

¹⁴ WEBER, Eugen. *Francia, fin de siglo*, Madrid, Debate, 1989, p. 31.

¹⁵ URÍA, Jorge. «La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, p. 106.

¹⁶ MOSSE, George L. *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005 (1975), p. 102.

découvrir dans une maison quelconque, baptisée hôtel pour la circonstance, une mauvaise chambre sans fenêtre [...] Coût: 10 francs pour jour! [...] On mange à Huelva une cuisine inconnue dans les pays civilisés [...] Il faut dire, pour faire bien comprendre l'importance de ces quelques lignes de panégyrique, qu'avant comme après le Congrès on est nourri et logé à Huelva pour le prix énorme pour l'endroit de 7 à 8 francs par jour. À l'hôtel en question —(je n'y suis point descendu, grâce à Dieu! Car il n'y avait plus de place)— on a pour la circonstance fait payer la chambre 60 francs par jour, sinon plus.¹⁷

La legitimación de la conmemoración vendría dada si esta era capaz de adquirir un sutil perfeccionamiento por ser los destinatarios los ciudadanos de una sociedad con características diferentes a la anterior. Salvador Claramunt destaca la conjunción de elementos heredados que se dieron cita en el concepto de conmemoración. Para este autor existe un antecedente conmemorativo que proviene de la época del Imperio romano que, siglos después, fue pasado por el tamiz del espíritu barroco, engrandecido en Francia durante el periodo napoleónico y completado con el discurso romántico, sin olvidar la implicación de la exaltación patriótica.¹⁸ La diferencia fue la eclosión de la conmemoración como fenómeno de masas en la segunda mitad del siglo XIX.¹⁹ La carga ideológica de la Revolución francesa fue capaz de dotar de un rasgo de laicidad a los héroes, que hasta ese momento era difícil de encontrar fuera del parnaso religioso.²⁰ Los centenarios fueron los primeros actos conmemorativos agraciados con un significado especial. En un primer momento las fechas a recordar fueron el nacimiento y muerte de escritores y músicos, luego fueron datas de batallas o episodios determinados de las historias nacionales y, posteriormente, se trató de recordar los aniversarios del fallecimiento de un personaje de destacada popularidad en ese momento, como podrían ser los políticos. La sociedad civil no solo se vio imbuida en la historia que explicaba su posición en ella, sino que también comprendió su *no historia*, es decir, los términos en los que se fijaba la identidad nacional, y lo más importante, se legitimaba su continuidad en el tiempo, a través de los

¹⁷ ROUTIER, Gaston. *De Paris a Huelva. Les fêtes du Quatrième Centenaire de la découverte de l'Amérique, en Espagne. Notes d'un voyageur par M. Gaston Routier, délégué de la Société de Géographie de Lille au Congrès d'Huelva*, Lille, Imp. De L. Danel, 1894, pp. 13-14.

¹⁸ CLARAMUNT, Salvador. «Mito y realidad de las conmemoraciones medievales», en Salvador Claramunt et al., *Las conmemoraciones en la Historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2001, p. 10.

¹⁹ CRUZ, Rafael. «La política de los instintos en el siglo XIX», en Manuel Pérez Ledesma (ed.), *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 459-473. Rafael Cruz realiza un interesante ensayo sobre la evolución y desarrollo de la palabra *masas*, como adjetivo calificativo de la sociedad a partir del siglo XIX.

²⁰ QUINAULT, Roland. «The Cult of the Centenary, c. 1784-1914», *Historical Research*, 176 (1998), pp. 303 y ss.

rituales del Estado que corporeizaban y dotaban de solemnidad al propio sistema.

Las conmemoraciones, entonces, implicaban siempre la representación en su presente de algún acontecimiento del pasado de cara al fortalecimiento de una determinada identidad. El acto de conmemorar sacralizaba y aseguraba la continuidad histórica de una comunidad.²¹ Podrían ser concebidas como una variante de ritual, de liturgia colectiva a través de la cual se evocaba una figura o un momento del pasado. Es importante tener en cuenta que cualquier episodio puede ser conmemorado, pero no todas las evocaciones son conmemoraciones. Había que elegir qué es lo que se quería conmemorar y hacer un esfuerzo colectivo por integrar la herencia del pasado como una experiencia del presente para que fuera positiva.²²

Además, los fenómenos culturales, en su expresión simbólica de un sentimiento de solidaridad común, tendrían que tener significado para los miembros del grupo, por eso habrían de conocerlos; es decir, se precisaba de una educación previa, para que lo comprendiesen y lo valorasen. La codificación hacía que el grupo social al que iba dirigido reconociese los símbolos utilizados. Una de las funciones de los ritos conmemorativos era la tamización de los conflictos sociales, que, sin ellos, podían desembocar en enfrentamientos. Eso fue posible a través del filtro de la concienciación de compartir un pasado común, glorioso y aceptado, que podría posibilitar, en algunos casos, rebajar la tensión, aunque en otras ocasiones, como veremos en la ciudad de Granada en la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América, podía ser una excusa para un estallido de queja. El ritual conmemorativo se pudo definir como un proceso de movilización física y mental de los participantes, que podría producir satisfacción por el hecho de pertenencia y afirmación en una comunidad. El éxito del ritual tendría mucho que ver con las emociones despertadas y la regulación de un orden que era alterado, pero que no había de conducir implícitamente al desorden.²³ En algunas ocasiones existió la apropiación de los símbolos festivos por las entidades políticas con un determinado propósito. El acto conmemorativo y la carga simbólica se conjugaron con una serie de componentes, que se tradujeron en múltiples variables a tener en cuenta a la hora de analizarlos. Y estos valores aparecían en pareja: la esencia política y emocional, la actuación individual y el espectador colectivo, y la solidaridad o el interés de las instituciones que partici-

²¹ GUEREÑA, Jean Louis. «Les fêtes du 2 Mai ou la fondation d'une nation», *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, 30-31 (1999-2000), p. 32.

²² FONSECA, Luís A. da. «A dupla dimensão das comemorações na época contemporânea», en Salvador Claramunt *et al.*, *Las conmemoraciones en la Historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2001, pp. 46-47.

²³ MICHONNEAU, Stéphane. *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo, 2002 (2001), p. 357.

paban.²⁴ La identidad de grupo al que iba dirigida la conmemoración venía definida por varios factores: el lugar donde había nacido el grupo, que podía ser desde la propia nación hasta simplemente un campo de pensamiento; los símbolos que lo caracterizaban; los actores encargados de presentar estos símbolos; y, en definitiva, las estrategias, las ideas y la acción para desarrollarla.²⁵

Las conmemoraciones formaban parte de la idea de que la sociedad nacional compartía una serie de parámetros culturales por los que regirse y permitiría la identificación con los símbolos y mitos propios de la nación, sobre todo de cara al exterior. En primer lugar, dicho programa en Europa estuvo destinado a los grupos dirigentes, donde ejerció la función de combatir la fuerza ideológica del Antiguo Régimen; una vez asentadas las bases del Estado liberal, las elites políticas se dieron cuenta de la necesidad de difundir entre la sociedad las directrices de identificación que habían funcionado ya entre ellos. No solo eso, sino que también tuvieron que hacer frente, mediante esta proyección ideológica, a los peligros de escisión social. Por eso recurrieron a distintos modelos, entre ellos la inauguración de monumentos conmemorativos; la visualización del arte mediante exposiciones, fiestas nacionales, discursos, himnos y la celebración de centenarios de héroes y hechos nacionales.²⁶ En las conmemoraciones se trasladaba la idea nacional a la simbología implícita en los actos programados.²⁷ Es decir, el pasado de la nación, la política del recuerdo, se impregnó de valores políticos, y a partir de este momento, fue el contexto de identificación de los ciudadanos. Hay que tener en cuenta que para gran parte de la población era difícil, por ejemplo, asistir a determinados espectáculos que podrían haber sido el escenario de, por un lado, la difusión de un determinado mensaje de orgullo nacional, y por otro, de su recepción por parte de los espectadores, como hubiera sido el teatro.²⁸ Entonces, se puede comprender la importancia que cobraron las ceremonias que serían el cuerpo popular de una conmemoración, como las cabalgatas,

²⁴ BUSSY GENEVOIS, Danièle, GUEREÑA, Jean Louis y RALLE, Michel. «Introduction. Fêtes, sociabilités, politique dans l'Espagne contemporaine», *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, 30-31 (1999-2000), p. 20.

²⁵ DAVALLON, Jean. «Lecture stratégique, lecture symbolique du fait social...», p. 210.

²⁶ STORM, Eric. «Las conmemoraciones de héroes nacionales en la España de la Restauración», *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, 12 (2004/2), p. 80.

²⁷ DAVALLON, Jean, DUJARDIN, Philippe y SABATIER, Gérard. *Le geste commémoratif*, Lyon, Centre d'étude et de la recherche de l'Institut d'Etudes Politiques de l'Université Lumière 2, 1994, p. 10.

²⁸ MAYER, Arno J. *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza, 1986 (1981), p. 195. Como incide Mayer en esta obra, en la que aboga por una interpretación en la que la modernización de la sociedad europea se produjo sobre todo en el periodo de comienzos del siglo XX, el teatro y la ópera eran la plasmación emotiva del culto y la imagen que desde la clase política y cultural dirigente se esforzaba por transmitir a la sociedad.

fiestas en la calle, bailes o procesiones.²⁹ De este modo, el planteamiento de los objetivos estructurales, desde la conjunción presente-futuro hasta los valores que se quisieron realzar, estuvo cubierto de un manto lúdico imprescindible para que el mensaje se canalizara al resto de la sociedad. Se creó una nueva dimensión para la transmisión de ideas, que implicó en muchos casos el uso político de los rituales simbólicos, bajo la máscara de las conmemoraciones. De los «usos públicos de la historia, el político es el más determinante», según Juan Carreras y Carlos Forcadell.³⁰ El estudio de la conjunción del papel del Ejército, la Administración y la educación, y su evaluación nos permitirá conocer la dimensión de la difusión del mensaje nacional.

Otro factor que habría que tener en cuenta es que las conmemoraciones fueron hechos impuestos, es decir, no fueron fruto de una evolución, sino resultado de que una fecha fuera factible de ser recordada, al ser considerada benigna para la sociedad. El rito centraría su éxito o fracaso, en cuanto a aceptación y divulgación en la sociedad, en la operatividad simbólica del propio rito. Era una expresión que revalorizaba el sentimiento de pertenencia a una comunidad, sin anular el valor individual.³¹ Para Christian Demange, las conmemoraciones suponen la puesta en escena de un acto planeado, en todos sus detalles, tanto lo que aparece como lo que no, y legitiman un presente gracias al consenso de la sociedad, que previamente ha identificado los episodios y héroes que han de mitificarse.³² Toda la parafernalia que rodea al rito sería el objeto de la conmemoración, y el gesto conmemorativo que la rodea se erigiría como el proceso social de dicha materialización. El programa festivo ideado era la *codificación* de una historia determinada por el grupo que lo organizaba, por medio de la ritualización de los actos. El objetivo era demostrar una idea, una imagen que estuviera al servicio del propósito inicial.

La cultura conmemorativa de finales del siglo XIX desarrolló una gran capacidad emotiva, donde los elementos que formaban parte de este tipo de

²⁹ BAKER, Edward. «La cultura conmemorativa», en José Álvarez Junco (coord.), *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción nacional*, Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2013, p. 565. Como bien señala Edward Baker en este ensayo, las conmemoraciones «respondieron en lo sucesivo a las iniciativas de una amplia gama de intereses sociales encauzados a través de un variado abanico de instituciones; porque si es indudable que el impulso inicial para estas celebraciones provino de las más altas instancias del poder estatal, no tardaron en hacer acto de presencia en el escenario conmemorativo otras instituciones». Y estas instituciones (la Iglesia, los ayuntamientos, las asociaciones) trasladaron los mitos conmemorados al resto de la sociedad.

³⁰ CARRERAS ARES, Juan José y FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos. «Introducción. Historia y Política: los usos», en Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia*, Madrid, Marcial Pons, 2002, p. 14.

³¹ KERN, Stephen. *The Culture of Time and Space (1880-1918)*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, p. 64.

³² DEMANGE, Christian. *El dos de mayo. Mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 132.

actos eran «técnicas de conmoción colectiva».³³ Eran una muestra pública de la existencia y confirmación del ente social, pero que podría agotar su capacidad de interactuar en la sociedad. El político republicano José Canalejas afirmó, con motivo de las conmemoraciones de la Constitución de Cádiz de 1912, que «los festejos, los banquetes, las bambalinas y las decoraciones y los gallardetes resultaban al cabo demasiado eficaces y realmente son ya rutinarios y solo el mal gusto imperante los sigue autorizando».³⁴

En este proceso de aceptación y comprensión de las conmemoraciones por parte de la sociedad, hemos de valorar el peso de la historiografía, que jugó un doble papel, tanto en la legitimación del Estado, como en la cohesión ideológica de los ciudadanos. Además, por otro lado, habría que tener en cuenta que la escuela podría erigirse como el lugar de transmisión de unos conocimientos educativos históricos que permitirían sustituir paulatinamente a la parroquia y a la religión, respectivamente, en su papel unificador.³⁵ La apelación y uso de la historia permitió discernir la complicada y difícil realidad de la evolución de una conciencia nacional en la creación y asentamiento del Estado. Se puede incluso hablar de un listado de creencias y mitos que participaron en la elaboración de una identidad de un grupo. Las conmemoraciones podrían entrar dentro del decálogo de instrumentos que enseñaban la historia común a la sociedad a la que iba dirigida. Desde nuestro punto de vista, en el siglo XIX, aquellos que participaban en el complejo entramado de las conmemoraciones proyectaban la presencia de la Historia con unos determinados objetivos: la conformación de una red que supusiera el ideario de la mentalidad colectiva. Es importante señalar que el arte era la representación plástica de los símbolos históricos nacionales; las academias distribuían el saber oficial y lo custodiaban; los museos eran los guardianes perpetuos de los objetos del pasado; y las conmemoraciones eran el canal de comunicación para llegar a los individuos.³⁶ Según Ignacio Peiró, la cultura conmemorativa se hizo pintura, escultura, es decir, se transformó en manifestaciones artísticas utilizadas en monumentos y edificios públicos para ensalzar la memoria colectiva, dirigida desde las elites políticas y sociales.³⁷

³³ MICHONNEAU, Stéphane. «Políticas de memoria en Barcelona al final del siglo XIX», Anna García Rovira (ed.), *España, ¿nación de naciones?*, Ayer, 35 (1999), p. 115.

³⁴ MORENO LUZÓN, Javier. «Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz», Carlos Dardé (ed.), *La política en el reinado de Alfonso XII*, Ayer, 52 (2003), p. 226.

³⁵ VILLARES, Ramón. «Reflexiones sobre la Historia y su enseñanza», en Carlos Forcadell Álvarez (ed.), *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1998, p. 163.

³⁶ GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz. *Fundaciones, canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Madrid, Iberoamericana, 2002 (1997), p. 227.

³⁷ PEIRÓ MARTÍN, Ignacio. «El tiempo de las esculturas: la construcción de la “Cultura del recuerdo” española durante la Restauración», en Carlos Forcadell Álvarez (coord.), *Cultura y*

En este punto queremos abordar el concepto de *memoria* que se ha empleado en la historiografía contemporánea. La conmemoración, la cultura conmemorativa, implicaría una realidad, que a su vez aunaría dos conceptos: *memoria e identidad*.³⁸ Pierre Nora hace una distinción entre los conceptos *memoria e Historia*: la memoria está viva, en continua evolución y es vulnerable; la Historia es la reconstrucción, siempre compleja, del pasado, es la representación del mismo.³⁹ Josefina Cuesta ha apostado por una clara diferenciación entre ambos conceptos: «La historia entendida como un saber acumulativo con sus improntas de exhaustividad, de rigor, de control de los testimonios, de una parte; y por otra parte, la memoria de estos hechos pasados cultivada por los contemporáneos y sus descendientes».⁴⁰ La memoria tendría un componente fundamental organicista, de los acontecimientos vividos, mientras que la Historia conceptualmente dividiría y organizaría el pasado.⁴¹ Eso sí, habría que tener muy en cuenta que el tiempo tamizaba la objetividad y realidad del hecho conmemorado, e impedía discernirlo con claridad, porque era interpretado según los objetivos, si es que los había, de aquellos que potenciaban su recuerdo. Jacques Le Goff señaló que la Historia es la forma científica de la memoria colectiva.⁴² La memoria se puede concebir como la capacidad de observar el pasado, y esto implicaría entonces tratar a la Historia como un garante social en los procesos modernizadores. Unido al mito y a la memoria tenemos el concepto de *conmemoración*, que se trataría de la institucionalización de los ritos que formaban parte de la memoria, con una gran capacidad de movilización en tanto en cuanto estuviesen insertados en el calendario, como un hecho cíclico.⁴³ Se puede añadir un cuarto, el de *conciencia nacional*, es decir, la afirmación de pertenencia a una colectividad que posee una serie de instituciones, cultura e historia comunes, y, sobre todo, valores. En este libro abordaremos la conmemoración como un acto de recuerdo del pasado histórico, de una persona o un hecho, compartido por una entidad social, nacional o local, con unos objetivos múltiples, y a veces no compartidos por todos los agentes participantes, como hemos indicado al principio de este apartado. Vamos a utilizar el término

política del recuerdo: en el centenario del monumento al Justiciazgo (1904-2004), Zaragoza, Editorial el Justicia de Aragón, 2004, p. 42.

³⁸ CAMPOS MATOS, Sergio. *Historiografía e memoria nacional, 1846-1898*, Lisboa, Colibrí, 1998, pp. 55-57.

³⁹ NORA, Pierre. «Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire», *Representations*, 26 (1989), p. 8.

⁴⁰ CUESTA BUSTILLO, Josefina. «Memoria e Historia. Un estado de la cuestión», Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e Historia, Ayer*, 32 (1998), p. 204.

⁴¹ CUESTA BUSTILLO, Josefina. *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008, p. 35.

⁴² LE GOFF, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991 (1977), p. 225.

⁴³ BUSSY GENEVOIS, Danièle, GUEREÑA, Jean Louis y RALLE, Michel. «Introduction. Fêtes, sociabilités, politique dans l'Espagne...», p. 15.

memoria colectiva cuando nos queramos referir a una cultura común, a una idea general compartida por los individuos de una comunidad nacional o un grupo social, pero sin querer referirnos a esta diferencia entre Historia y memoria que acabamos de indicar. Lo que sí hay que tener en cuenta es que los individuos que conforman una sociedad tienen una mayor capacidad de recordar aquellos hechos únicos que han sido repetidos a lo largo del tiempo, gracias a, por ejemplo, los centenarios, dado que proyectan una cierta convulsión en la propia sociedad.⁴⁴

Desde las elites españolas políticas, en ocasiones, y sociales, en otras, se fomentaron las políticas del pasado porque se quiso reforzar una identidad local, regional o nacional. Las conmemoraciones también trajeron aparejadas beneficios económicos, o por lo menos, posibilidades comerciales. Aún más importante fue la consideración y la aceptación de que, aunque la cara comercial era de vital importancia, la buena consecución vendría de la intervención estatal. Sin el apoyo público, con unos objetivos más allá de los meramente financieros, la imbricación en la conciencia colectiva de una serie de valores nacionales no sería posible. Por eso, era muy necesaria la conjunción de ambos factores para que el resultado final fuera positivo. Los cambios económicos trajeron aparejados una necesidad de transacciones internacionales que podrían llevarse a cabo, de manera paralela, en las exposiciones universales, además de las consabidas muestras de las innovaciones de cada país. En la unión de ambas manifestaciones sociales, conmemoraciones y exposiciones, el Estado se reafirmaba con una identidad y singularidad únicas, tanto de cara al exterior como al interior.⁴⁵ El nacimiento de este tipo de exhibiciones de carácter supranacional fue privativo de la segunda mitad del XIX, aunque ya hubiese ejemplos anteriores.⁴⁶ Fueron un producto típico de la nueva sociedad burguesa y fruto de la Revolución Industrial. Para Pascal Ory, las exposiciones universales no pudieron surgir más que en el siglo XIX, por una triple revolución: económica, política y cultural.⁴⁷ Es necesario recalcar la complejidad de las mismas, tanto por su origen como por su condición. Condición que se situaba dentro del campo de acción de la política exterior, donde la cultura se concibió como un intercambio que podría favorecer las dádivas diplomáticas. Según Paul Greenhalgh, las exposiciones motivaron reformas urbanas, atrajeron la mirada internacional sobre una ciudad y un país, arrui-

⁴⁴ PENNEBAKER, James y BASANICK, Becky. «Creación y mantenimiento de las memorias colectivas», en Denise Jodelet *et al.* (eds.), *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998, p. 32.

⁴⁵ JOÃO, Maria Isabel. *Memória e Império. Comemorações em Portugal (1880-1960)*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian – Fundação para a Ciência e a Tecnologia, 2002, pp. 12-15.

⁴⁶ SÁNCHEZ GÓMEZ, Luis Ángel. *Un Imperio en la vitrina. El colonialismo español en el Pacífico y la Exposición de Filipinas de 1887*, Madrid, CSIC, 2003, p. 300.

⁴⁷ ORY, Pascal. «Naissance d'un phénomène», en Myriam Bacha (dir.), *Les Expositions Universelles à Paris de 1855 à 1937*, Paris, Action artistique de la ville de Paris, 2001, p. 33.

naron el erario municipal y enriquecieron el bolsillo de unos cuantos, antes de desaparecer, por su propia condición efímera.⁴⁸ Las conmemoraciones y las exhibiciones universales quedarían así unidas por el hecho de que la sociedad había cambiado y permitía la presencia de unos rituales que respondían, en cierto modo, a las nuevas cuestiones que se planteaban ante las consecuencias de la Revolución Industrial. La industrialización generó tal situación de precariedad dentro de las relaciones sociales que fue necesario buscar elementos que mantuvieran la cohesión social. Para ello se buceó en el pasado en busca de una idea de unidad nacional. Además, la emigración hacia los centros urbanos implicó la reunión en un mismo espacio de personas de distintas procedencias, no solo sociales, también geográficas, haciéndose más perentoria la necesidad de un eje de cohesión. Con las conmemoraciones se creaba un contexto distinto, nuevo, capaz de generar elementos de unión social imprescindibles para el desarrollo de esa sociedad. Lo privado y lo público se fusionaron de cara a potenciar la memoria colectiva. Hubo un atisbo de obsesión en la búsqueda del pasado perdido, manifestado por el auge de archivos y registros, por las conmemoraciones y, de paso, por la profesionalización de la historiografía.⁴⁹

El sujeto histórico que aparecía tuvo la función de formar ciudadanos de acuerdo a unos valores específicos, que podrían entrañar un proceso de identificación con un parámetro nacional. La conmemoración presentaría la oportunidad de aproximar al ciudadano a una serie de valores.⁵⁰ Se matizaban una serie de detalles y se resaltaba aquel episodio de interés o se ocultaba, bajo el pretexto de conseguir unos objetivos claros de cara al porvenir. La conmemoración, materialización de una identidad colectiva, facilitaba la movilización social de aquellos individuos que compartían un sentimiento común de pertenencia a un grupo, en este caso, la nación. Esta identidad podía cambiar con el tiempo, era mutable, pero tenía que ser el fruto consensuado de todos los agentes sociales que participaban de ella, aunque en diferente grado.⁵¹ Hablaremos de identidad nacional porque esta categoría tiene un carácter de subjetividad individual que le concede mayor operatividad.⁵²

⁴⁸ GREENHALGH, Paul. *Ephemeral Vistas. The Expositions Universelles and World's Fairs, 1851-1939*, Manchester, Manchester University Press, 1988, p. 1.

⁴⁹ OLICK, Jeffrey K. «Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público», Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e Historia, Ayer*, 32 (1998), pp. 138-141.

⁵⁰ DAVALLON, Jean, DUJARDIN, Philippe y SABATIER, Gérard. *Le geste commémoratif...*, p. 8.

⁵¹ CRUZ, Rafael. «La cultura regresa al primer plano», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, p. 31.

⁵² BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo. «Sobre la génesis de una identidad nacional: España en los siglos XVI y XVII», *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, 146 (octubre/diciembre 2009), p. 154

Los miembros de la comunidad tampoco podían ser meros receptores de una idea de nación que provenía de los grupos sociales en el poder. Fue en este punto cuando entraba con fuerza la adhesión al sentimiento nacional individual; una vez inculcados los valores en la propia sociedad, se transmitían al exterior, dado que la propaganda hecha por un país se construía a partir de la comprensión del propio armazón de principios culturales e históricos compartidos.⁵³ Por último, habría que señalar que las actividades culturales tuvieron un importante papel a la hora de establecer una política exterior, gracias a las acciones sociales culturales que habían sido desarrolladas por la organización de dichos programas conmemorativos. Ciertas conmemoraciones traspasaron los límites nacionales, como por ejemplo, las celebraciones por el recuerdo del descubrimiento de América que se llevaron a cabo tanto en Francia, como en Italia o Estados Unidos. Evidentemente, esto ocurría en aquellos recuerdos que no permitían una disensión y eran «amables» tanto para la nación anfitriona, como para aquellas que también querían reivindicar su papel de protagonismo compartido. El otro aspecto que se podría tener en cuenta sería que las elites políticas de los distintos países podrían interpretar la propia conmemoración de una manera adecuada a sus intereses.

Para terminar este punto, queremos destacar la percepción que los políticos del periodo podrían tener acerca de los programas de la política del pasado que se llevaron a cabo, a través de las palabras, como ejemplo, pronunciadas, en 1856, por el político Cándido Nocedal, con ocasión de la solicitud de una subvención para la creación de la Biblioteca de Autores Españoles. No en vano, Nocedal afirmó que, mientras la inmortalidad de los grandes escritores, como Cervantes, Lope o Calderón, persistiese, la nación española continuaría existiendo.⁵⁴

¿Nacionalismo español o castellano? Los debates historiográficos en torno al concepto de identidad nacional y la relación con los nacionalismos periféricos

En los últimos años se ha debatido con gran intensidad cuáles han sido los factores que influyeron en el programa de nacionalización por parte del Estado español en el siglo XIX, más concretamente en el periodo de nuestro estudio, es decir, los primeros treinta años de la Restauración. Por un lado, se

⁵³ NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio. «1898-1936. Orígenes y despliegue de la política cultural hacia América Latina», en Denia Rolland (coord.), *L'Espagne, la France et l'Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, xxe siècle*, Paris, L'Harmattan, 2001, p. 34.

⁵⁴ PEIRÓ MARTÍN, Ignacio. «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España», en Carlos Forcadell Álvarez (ed.), *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1998, p. 29.